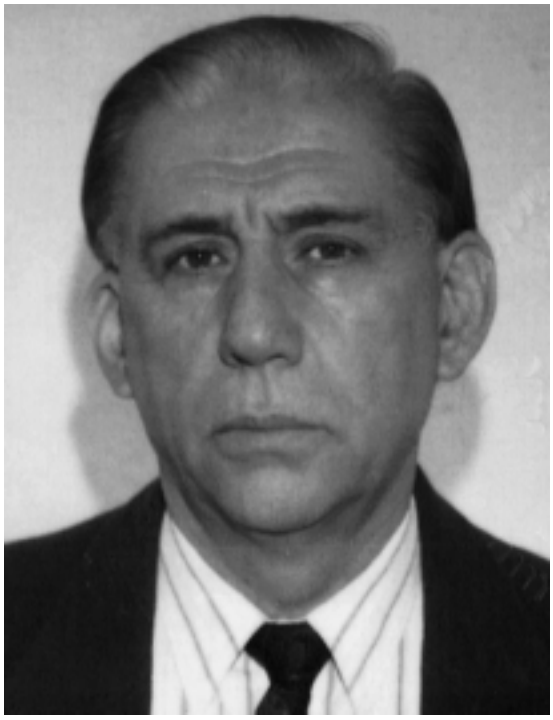
Rev. Chilena de Cirugía. Vol 54 - Nº 2, Abril 2002; págs. 114-117

MAESTROS DE LA CIRUGÍA CHILENA

Dr. Roberto Burmeister Lorenzen



La cirugía chilena y especialmente la tradición quirúrgica del Hospital San Borja iniciada hace más de dos siglos y a la cual pertenecen entre otros el Dr. Lucas Sierra, se ven enriquecidas hoy al ser reconocido el Dr. Roberto Burmeister Lorenzen, como Maestro de la Cirugía Chilena. En estos momentos de profunda emoción en que se me ha otorgado el honor de presentarlo en este merecido homenaje que nuestra Sociedad de Cirujanos reserva sólo para algunos de sus Miembros más destacados, no puedo sino sentirme limitado en mi capacidad expresiva de hombre concreto para poder transmitir la verdadera dimensión personal y científica de nuestro Maestro a quién, como al igual que muchos, le debemos la mayor parte de nuestra formación quirúrgica.

La Sociedad de Cirujanos de Chile oficializa hoy el mérito de Maestro de la Cirugía Chilena al Dr. Roberto Burmeister, y digo sólo oficializa, ya que los verdaderos maestros como lo es el Dr. Burmeister son primero legitimados, reconocidos y respetados como tales por el medio quirúrgico que los conoce, quedándole sólo a la academia instituir oficialmente el consenso producido entre los pares, en este caso sobre la categoría quirúrgica, científica y humana del Dr. Burmeister.

Miembro de una distinguida familia sureña el Dr. Burmeister es el segundo hijo del matrimonio conformado por Ricardo Burmeister Müller y la Sra. Elena Lorenzen. Su padre, ciudadano alemán y titulado como Médico en su país natal, llega a Chile instalándose en Concepción donde funda el Sanatorio Alemán en 1887. De regreso en Alemania es sorprendido por la primera guerra mundial debiendo trabajar como cirujano del ejército alemán hasta su término tras lo cual regresa a Chile portando numerosas condecoraciones entre las que destaca la Cruz de Hierro. Nuevamente en Concepción reinicia su actividad médica, creando la Clínica Concepción. Publica numerosos trabajos en el ámbito de la cirugía y la traumatología. El mayor de sus hijos, Ricardo, también médico se destaca en el campo de la Cirugía Digestiva llegando a ser precozmente Profesor Titular de Cirugía de la Universidad de Concepción.

El Dr. Roberto Burmeister realiza su educación preuniversitaria en el Liceo de Concepción desarrollando en forma paralela estudios de piano, primero en el Conservatorio de Concepción y luego durante sus años universitarios con el Profesor Armando Palacios. Con su innato talento y férrea disciplina se va transformando en ejecutante destacado, en amante y conocedor de la música clásica como el que más. A través de su formación como pianista comparte en varias ocasiones con uno de sus personajes más admirados, Claudio Arrau, quien se encuentra en el esplendor de su carrera y al que reconoce, sin duda, como el mejor, tanto por su enorme talento como así también por su notable

acervo cultural. Recibe de éste grandes elogios y estímulos que lo alientan para seguir en la práctica del piano el cual no abandonará jamás.

Estudia Medicina en la Universidad de Concepción donde egresa en 1963 como el mejor alumno de su promoción. Tiene como profesor a los Drs. Fructoso Viel, Darío Henríquez y muy especialmente al Dr. Enrique Beckdorf quien es uno de las figuras referenciales que lo motivan e inducen a inclinarse por la cirugía.

Recién egresado y con la intención de dedicarse a la cirugía trabaja como Médico General de Zona en Coronel desde 1963 hasta 1967 donde se incorpora al Servicio de Cirugía y trabaja con el Dr. Carlos Hinrichs quien lo inicia en el campo de la cirugía general.

Ya con un buen bagaje quirúrgico llega en 1967 a Santiago para realizar su beca de Cirugía en el Hospital San Francisco de Borja y en la Cátedra D, del Profesor Adolfo Escobar Pacheco de quien rápidamente se torna en uno de sus becarios predilectos. Tiene como maestros a los Drs. Juan Borzone Gálvez, Max Montero Van Riselwerge y Luis Musatadi Rivera.

Se integra al *staff* de cirujanos del Hospital San Borja en 1970 como miembro del equipo de Oncología que dirigía el Dr. Montero. Inicia también su trabajo en urgencia siendo contratado en la Posta 4 para continuar luego como Jefe de Turno en el Servicio de Urgencia del Hospital del Salvador donde se retirará tras cumplir 20 años.

En 1974, va Becado a Alemania a la ciudad de Karlsruhe donde se incorpora al Servicio del Profesor Kurt Spohn. Permanece allí durante un año trabajando intensamente en el campo de la cirugía digestiva y de a urgencia. Aprende de la técnica quirúrgica alemana, de la disciplina gemánica y de la dedicación casi exclusiva a la cirugía.

Regresa a Chile en 1975, pasando a formar parte del Equipo de Cirugía Gástrica que dirigía el Dr. Luis Mustatadi y que integraban los Drs. Mario Villarroel y Sergio Covacervich. Trabajan y publican numerosas experiencias con el tratamiento quirúrgico de la úlcera péptica y especialmente en diversos aspectos de la vagotomía selectiva de reciente aparición en esos años.

En 1978 tiene importante participación en la creación del “Centro de diagnóstico precoz del cáncer gástrico” fundado en el nuevo hospital Paula Jaraquemada por el Dr. Pedro Llorens compañero y amigo que lo acompañará por siempre en el campo de las enfermedades del aparato digestivo. A través del intercambio de expertos iniciado en este Centro tiene la oportunidad de trabajar estrechamente con el Dr. Jun Soga, cirujano japonés de la Universidad de Niigata llegado a Chile en 1978 a través de este programa intergubernamental. Con el Dr. Soga inician la aplicación y desarrollo en Chile de los principios de la escuela japonesa para el tratamiento quirúrgico del cáncer gástrico y esofágico avanzado y del hasta entonces desconocido cáncer gástrico incipiente.

En 1980, es becado por el gobierno de Japón permaneciendo en Tokio durante 9 meses. Es enviado al Hospital Gan Ken, al Servicio de Cirugía del, sin duda, padre de la cirugía japonesa actual, el Profesor Damaki Kagitani, quien será el cirujano más influyente en su desarrollo técnico. Tiene la fortuna de operar y compartir con la crema y nata de la cirugía japonesa como lo son los Drs. Takagi, Akiyama, referente actual obligado de la cirugía esofágica, y el Dr. Asekagua uno de los iniciadores de la cirugía hepática resectiva.

Regresará a Japón becado por segunda vez en 1992 para visitar los principales centros japoneses donde es ya conocido y recibe importantes distinciones.

A su regreso implementa y desarrolla la cirugía extendida y combinada en el tratamiento de cáncer gástrico y esofágico logrando una notable experiencia técnica y conceptual que conlleva a conseguir las mejores cifras de sobrevida que el tratamiento quirúrgico puede lograr, como así también una progresiva reducción de las cifras de morbimortalidad operatoria, las cuales actualmente son mejores que muchas de los principales centros norteamericanos y europeos.

En 1989, es designado Jefe del Servicio de Cirugía del Hospital Paula Jaraquemada, cargo que ganará por concurso nacional en 1995 y en el 2001 en el ahora llamado Hospital Clínico San Borja-Arriarán.

En 1991 participa activamente en la creación del Instituto Chileno Japonés de Enfermedades Digestivas a través del cual se mantiene el intercambio con la medicina japonesa y sirve para extender la formación de numerosos médicos latinoamericanos en el campo de la Gastroenterología médico-quirúrgica.

Miembro de numerosas sociedades científicas nacionales y extranjeras y ganador de numerosos premios por sus múltiples trabajos presentados y publicados a nivel nacional e internacional que versan en general sobre temas del tratamiento quirúrgico de los tumores digestivos. Destacan entre estos premios los “Ricardo Gunther 1986 y 1994” y “Luis Aguilar 1998” otorgados por nuestra Sociedad de Cirujanos de Chile.

Es también Profesor adjunto de Cirugía de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile desde 1994.

Enorme bagaje que evidentemente desconocía en gran parte aquel día en que inicié mi contacto personal con el Dr. Burmeister. Fue durante mi primer año de Beca en el entonces Hospital Paula Jaraquemada. El dirigía el equipo de Cirugía Digestiva A, que sería mi primera rotación importante en mi aprendizaje de la cirugía y para lo cual tanto había esperado. Sin duda, me intimidaba su imagen de duro, sus juicios asertivos carentes de cualquier condescendencia manifestados durante algunas reuniones clínicas donde lo había escuchado. Aquel primer día, mientras nos lavábamos para entrar a operar, me interrogaba sobre la anatomía topográfica del esófago que operaríamos a continuación. Yo, Ayudante de Anatomía durante mis años universitarios sonreía internamente pensando que transitábamos por caminos favorables que me permitirían iniciar mi estadía no sólo bien sino que, además, impresionándolo positivamente como así también al grupo de extranjeros que lo visitaban esos días. Eso es sólo una buena introducción, me dijo, sólo adecuado para una crónica periodística, ahora viene el dónde los busco, cómo los evito, cómo lo reseco o enfrento con un adecuado control. Y procedió a mostrarme con la magistral destreza que sus largos dedos poseen, no sólo diseñados para el teclado exigente sino también para la perfecta disección esofágica transmediastinal, aquellos puntos críticos de cada tiempo con una velocidad para mí, en esos momentos, desenfrenada que impedía a mí apabullada mente grabar cada gesto o acción que seguro luego me preguntaría. Durante esas varias y primeras horas de mi aprendizaje como cirujano digestivo recibí también mis primeras lecciones sobre la grandeza de la obra de Mozart, detalles desconocidos de la vida de Carlomagno como así también conocí de su notable sentido del humor y fina ironía, que aprendí a valorar y a estimular como único medio de relajación ambiental. Terminada la compleja cirugía esofágica de tres campos me disponía a comer algún bocado que mi crujiente estómago reclamaba con insistencia, como también a relajar mi agarrotada musculatura dorsal agotada por la tensión de principiante y por el intento de no perder atención ni la mejor presentación. Fue en ese momento en que escuché nuevamente la voz del Dr. Burmeister comunicándome que debía quedarme para ayudarle con aquella gastrectomía que por error algún desinformado consideraba como suspendida. Llovía aquella avanzada noche de junio cuando salí del hospital tras haber acompañado al distendido y ahora sonriente Dr. Burmeister a pasar su rutinaria inspección vespertina a los pacientes operados por nuestro equipo y tras haber recibido algunos trabajos que él consideraba clásicos sobre el tema y que discutiríamos al día siguiente. Desde aquella noche el llamarle Jefe surgió como un reconocimiento tácito y obligado y que fue el reflejo de haberme percatado que estaba frente a un hombre notable, con una capacidad física impresionante para desarrollar un trabajo quirúrgico sostenido y de una estatura intelectual que me pondría una ardua tarea por delante durante nuestras futuras, múltiples y fecundas discusiones sobre la cirugía, el arte, la historia, el hombre y la vida.

Numerosos aprendices de cirujanos como yo y también distinguidos expertos nacionales y extranjeros han sido sorprendidos luego de que una primera imagen adusta, severa e intransigente da luego paso al verdadero Dr. Burmeister divertido, deseoso de una buena historia contingente, buen conversador, jovial, alegre y extraordinariamente afectuoso.

Guiado por un profundo espíritu socrático fomenta el diálogo y la discusión sobre el caso o artículo aquél, sobre aquello que conviene hacer en tal o cual circunstancia, entendiendo que lo exacto en la medicina al igual que en la filosofía no deriva mecánicamente de la teoría, ni sólo requiere del conocimiento individual sino también de la sagacidad y la prudencia, que permiten hacer exactamente lo correcto en cada circunstancia y lo cual usualmente surge de un análisis crítico permanente e interpersonal. Bajo este principio, el Dr. Burmeister mantiene su oficina de puertas permanentemente abiertas invitando al grupo al pequeño y gran diálogo, muchas veces intenso y apasionado y a la discusión profunda sobre casos y situaciones que permiten a quienes lo rodeamos una progresiva conceptualización sobre los principales temas. Así, se han generado propuestas señeras e ideas iluminadoras que han permitido muchas veces solventar importantes carencias de medios materiales y lograr una adecuada productividad quirúrgica y científica aun con escaso apoyo institucional.

Hemos sido numerosos los que con él aprendimos la necesidad de una actualizada y crítica visión de literatura médica, de la rigurosidad en la técnica quirúrgica, de elegir siempre el camino más seguro aunque sea el más largo y tedioso. Aprendimos del compromiso personal del cirujano con su paciente y del control estricto y directo que éste debe efectuar incluyendo la visita de los fines de semana. Comprendimos aquello del manejo personal de todos los puntos quirúrgicos incluyendo casi ritualmente la curación de la herida y el control de los drenajes. Aprendimos de la permanente necesidad de revisar críticamente la expe-

riencia acumulada y verterla en palabras escritas que puedan en mayor o menor grado ayudar a incrementar la experiencia y el conocimiento de otros.

Hombre de gran capacidad clínica capaz de resolver la mayoría de los complejos puzzles que el intrincado período postoperatorio de la gran cirugía puede generar.

Dominador absoluto de toda la cirugía digestiva, ha sido siempre un partidario y promotor intransigente de la estandarización de las indicaciones y procedimientos quirúrgicos. Así, su impronta puede ser fácilmente identificada en todos los nacionales y extranjeros que nos hemos formado junto al Dr. Burmeister a través de las semejantes conductas y actitudes técnicas y que es en concreto lo que constituye la escuela quirúrgica que deja un verdadero Maestro.

La Sociedad de Cirujanos de Chile ve hoy enaltecida su galería de cirujanos notables al designar al Dr. Roberto Burmeister Lorenzen como nuevo Maestro de la Cirugía Chilena. Quienes hemos tenido el privilegio de recibir directamente sus enseñanzas y mensajes sólo podemos sentirnos agradecidos de haber tenido esta gran oportunidad que nos ha otorgado la Sociedad de Cirujanos de Chile para haberle dicho públicamente, gracias maestro, gracias amigo.

Dr. Carlos Benavides C.